



JOSE MARIA MORENO GALVAN



Inhumación de los restos de José María Moreno Galván en el cementerio civil de Madrid, el 24 de marzo pasado. (Fotos Ramón Rodríguez.)

S U hueco entre nosotros ya se había producido hace tiempo, cuando la enfermedad le fue apartando, poco a poco, inexorable, de su quehacer. Se iban espaciando demasiado sus ya sólo visitas a la Redacción: recogía sus cartas parsimoniosamente, inquiría noticias a uno o a otro y, a veces, se te quedaba mirando, sin más. Era como un cruel recorte, a tope, que su padecimiento imponía a lo que antes había sido cálida irrupción, sonriente incitación a conversar, a considerar el cariz de la actualidad o volcar preguntas que nacían de su abierta curiosidad, con aquel comportamiento entrañablemente llano, antípoda del que adoptaría cualquier importante autoclasificado.

Moreno Galván era incapaz de esconder, ni tan siquiera de paliar, sus entusiasmos -sus fidelidades- a cambio de alguna comodidad, cuando los tiempos fueron para él más que incómodos. Como la cárcel. Sus «imprudencias» -por ejemplo, aquel homenaje universitario a Picasso- sólo podían emprenderse desde una opción en la que prevalecía el compromiso asumido sobre la prudencia como pretexto. Su impulso era siempre desbordante, generoso, y nacido de una exigencia ética.

Su magisterio -que lo es, a pesar de que nunca se lo propuso y lo negaba sonriendo, con plena convicción- se deduce de sus libros, de sus conferen-

cias, de sus muchos artículos, de sus muchas de estas mismas páginas de «TRIUNFO». Se ha afirmado reiterada y autorizadamente la influencia sería y solvente que los análisis de Moreno Galván han supuesto para la reciente historia del arte español. Fue la suya una penetrante y, a la vez, esclarecedora visión del acontecer estético. Léase, por ejemplo -ahora que la exposición de Paul Klee suscita la máxima atención de los peregrinos del arte ante su obra colgada en la Fundación March- el amplio trabajo que aquí en «TRIUNFO» publicó sobre la contradicción mágica del maestro helvético cuando en 1972 -al Palacio de la Virreina, primero, y al Museo de Arte Contemporáneo, después- llegó a España por vez primera obras de Klee. Aquella crónica es una muestra, entre decenas y decenas, de esa lúcida contemplación del hecho estético, a la vez sabia y humilde, que Moreno Galván supo explicar.

La importancia de su obra y la sólida cultura que la sostenía cobra singular relieve ante el hecho de que

Moreno Galván fue autodidacta. Que empezó en aquel chiquillo de doce años que, en su Puebla de Cazalla natal, deja de ir a la escuela y convence a su madre para que le consiga en el Ayuntamiento -donde tenían completo el Espasa- que le permitan ir todas las tardes, hasta las once de la noche, para leerse la monumental enciclopedia.

El mismo que, años después, recluta de la quinta del 44 en el Regimiento de Transmisiones de El Pardo -en mi cama de la Cuarta de Radio-, puntualizaba riendo Moreno Galván- leía a Rilke y a Valery y aprovechaba sus salidas del cuartel para irse al cercano Madrid a visitar Museos y a asomarse tímidamente a las exposiciones que entonces se celebraban.

El arte, la cultura, pierden con la desaparición de José María Moreno Galván un valedor sólido, un crítico certero, una pluma necesaria. Nosotros, como los artistas españoles también, perdemos un compañero inolvidable. ■ E.